

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 21

**LOS CUATREROS**

15 cts.



*Un gesto de ira alteró el rostro del visitante...*

# LOS CUATREROS

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cines», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

## I

AQUELLOS hombres causaban en los ganados más estragos que una manada de sanguinarios y feroces pumas. Hasta entonces la profesión que ejercían no podía ser más lucrativa.

Y de seguir sus hazañas con el bencheio y la impunidad con que desde hacía seis meses las cometían, pronto los cinco miserables que componían la audaz cuadrilla de cuatrerros serían tan ricos como el granjero o ranchero más opulento de la comarca.

Figuraba entre éstos John Street, cuyo rancho abarcaba docenas de kilómetros. Sus vacadas y yeguas eran la admiración y la envidia de cuantos las conocían, y, por lo tanto, la banda de malhechores que hemos mencionado tenía proyectado disminuir aquéllas mediante uno de sus afortunados y audaces golpes.

Prevenido estaba, sin embargo, el rancho Street, y sobre todo su capataz Andrés Birís, a quien, por su fuerza extraordinaria, se le conocía, en varias leguas a la redonda, con el apodo de *Puño de Hierro*.

Los continuos robos de ganado eran el tema obligado de todas las conversaciones. Eran, además, la causa y motivo del furor y el desprecio del *sherif* Blaze y de sus

numerosos subordinados, que en vano recorrían el país de un sitio para el otro haciendo averiguaciones y pesquisas para descubrir y aprehender a los autores de las rapaces fechorías.

Nadie sospechaba siquiera quiénes podían ser éstos ni dónde se hallaba situada su madriguera.

El hecho de que el rancho Street no hubiera sido víctima de ninguno de aquellos atrevidos y misteriosos golpes, fue comentado cierta mañana en un *bar* de la pequeña población de un modo tan malicioso como inicuo.

Y siempre será una verdad el refrán que reza: *calumnia, calumnia, que algo queda*, por cuanto desde aquel instante la consideración y el aprecio que aquél gozaba en el concepto de las gentes sufrió una gran merma, y a los pocos días hubiera sido difícil encontrar una sola persona que hubiese afirmado que John Street era lo que se llama un hombre honrado a carta cabal.

Y, sin embargo, la madriguera de los cuatrerros, su cuartel general podría decirse, no estaba muy lejana del rancho Street.

Lindante con éste, poseía su finca James Black, un hombre que frisaba en los cuarenta, de rostro enjuto, en el que sobresalía una nariz encorvada y brillaban unos ojos negros y algo redondos, tan separados el uno del otro, que da-

ban a la fisonomía un aspecto de ave rapaz.

De elevada estatura y carácter hosco y sombrío, James Black gozaba fama de ser hombre de malas pulgas.

El rancho de que era propietario abarcaba una extensión inmensa, la mayor parte de la cual formaban pedregosos cerros, montes llenos de ahrojos y malezas y bosques de inextricable vegetación, para cruzar los cuales, el que no los conocía, tenía que abrirse paso al través de espesos matorrales y erizados y enmarañados zarzales.

Tan sólo unos alfalfares constituían los pastos destinados al ganado caballar y vacuno.

Ni uno ni otro eran muy numerosos. Y, sin embargo, James Black era el ranchero de aquella extensa comarca que con más frecuencia efectuaba en California embarques de animales.

## II

La desaparición, mejor dicho, el robo de que una tarde fué víctima John Street, produjo en su capataz *Pablo de Hierro* una indignación y una cólera desenfrenadas.

El hecho había ocurrido de la siguiente y sencilla manera:

Vigilada y guardada por cuatro *cow-boys* pastaba una punta de ganado vacuno en un angosto valle que se extendía entre dos altísimos cerros, cuando aquellos se vieron sorprendidos por media docena de jinetes, que, revólver en mano, los rodearon, gritando uno de ellos:

—¡Las manos en alto, y el que desobedezca, que se cuente ya en el infierno!

Los rudos y fornidos mozos vacilaron unos segundos, porque no se avenía con su carácter valeroso obedecer un mandato de esta índole.

—¿No me habéis oído, barbianes? —añadió el jefe de los intrusos—. ¿O no queréis obedecer? ¡En tal caso, antes de un minuto caeréis aquí todos patas arriba!

—¡Compadres! —gritó a sus compañeros—. «¡Últimad!» a estos pobres si antes cuando acabe de hablar no tienen los brazos en alto, como si quisieran tocar el cielo...

Cuando dejó de percibirse la broncea y amenazadora voz de aquel bandido, los servidores de John Street, con los ojos relampagueantes de fuego y los atezados rostros convulsos de cólera, habían asumido la actitud de incompleta defensa que aquél ordenaba.

Entonces añadió el bandolero con acento sarcástico:

—¡Veo que tenéis más cariño a vuestro pellejo que al ganado de que sois guardianes! Y hacéis bien, porque... ¡por Júpiter!, no hay nada en este cochino mundo que valga más ni tanto como la vida...

«Ahora uno de mis compadres os quitará los revólveres y luego que estéis desarmados, os largaré sin chistar hacia el rancho de vuestro amo...

Luego, haciendo una seña a uno de sus hombres, éste se apresuró a desarmar a los *cow-boys*. Y cuando la cuadrilla de cuatreritos ya no hubo de temer por parte de ellos ni el más leve peligro, el jefe de la misma, con su voz ahuecada y fantasmagórica, añadió:

—Ahora, largaos de aquí a pata, pues vuestros caballos, más una buena parte del ganado que vigiláis, nos los llevaremos nosotros!

—¿Adónde?





*El sheriff Blaze prometió ayudar a John Street a descargat sobre los malhechores todo el rigor de la ley.*

«No es fácil que lo averigüéis jamás, aunque os ayude a buscar y descubrir nuestra madriguera un regimiento de la caballería americana...

«Decidsele así al *sherif* Blaze, que ha jurado acatar con nosotros.

«¡En marcha!

Esto diciendo extendió el brazo en la dirección en que se hallaba situado el rancho de John Street.

### III

Se disponía a hacer un viaje en su corcel Negro, cuando la mirada aguilina de Puño de Hierro divisó

el grupo de *cow-boys* que se acercaba por un sendero que cruzaba la colina a cuya falda se extendía el rancho.

—¡Fuego del infierno! — rugió sospechando la fechoría que había cometido la temible zavilla de cuatreceros—. ¿Por qué regresan sin el ganado esos muchachos? ¡Ira del cielo! ¡Lo pregunto y, sin embargo, lo sé!

Esto diciendo, picó espuelas; partió el animal como una flecha y al cabo de unos momentos se detenía junto a los *cow-boys*.

Refirió uno de éstos en pocas palabras lo ocurrido. Inútil es decir que un cuarto de hora después, Puño de Hierro, al frente de media do-

cena de hombres, se ponía en marcha hacia el sitio donde tuviera lugar el robo.

Entonces comprobó la desaparición de una veintena de cabezas de ganado, los mejores ejemplares del mismo, por supuesto.

Esperárame aquí! — gritó partiendo al galope con la velocidad del rayo.

Era la hora del crepúsculo, muy corto en aquella estación del año, tras el cual el cielo envía a la tierra un chaparrón de tinieblas.

Paño de Hierro penetró en un bosque cercano, reconociéndolo en todas direcciones sin descubrir el más leve rastro de los aborrecidos cuatreros.

Era noche cerrada cuando cabalgaba por los alrededores de un escarpado cerro. En la lejanía percibíanse los aullidos de los coyotes y los pumas.

Al cabo de una hora de inútiles pesquisas, llegó junto al desfiladero que se prolongaba hasta el territorio mejicano.

— ¡He hecho tarde! — murmuró con acento sordo y furioso. — ¡Y sin embargo, me jugaría la vida a que es este el camino que han seguido los malditos cuatreros!

No eran equivocadas sus sospechas. Veinte minutos antes, los animales robales, hostigados por los banditos, habían cruzado aquel angosto paso, al otro extremo del cual se extendía el vasto país mejicano.

#### IV

Cuando el bravo capataz se presentó aquella noche, cubierto de sudor y de fango, ante el rancho



*El Guerrillero resultó herido en la enconada y larga lucha.*

ro John Street, le dijo a boca de jarro:

— ¡Ya sé dónde hay que buscar a los ladrones de ganado que hasta hoy han campado por sus anchas en toda la comarca!

— ¿Has descubierto, pues, su rastro?

— No; pero no es necesario. Repito que sé dónde tienen su guarida...

— En tal caso, es preciso darles caza lo antes posible! ¿Esta misma noche!

— ¡Ahora mismo voy a ir al encuentro del sheriff Blaze para que nos ayude en esa tarea tan justa como urgente!...

— ¿Dónde se esconden esos forajidos?

— (En el rancho de James Black) — respondió el atlético cow-boy con firme y convencido acento.

Las severas y curtidas facciones de Street revelaron un profundo asombro.

—¿Qué dices, *Puño de Hierro*?

—¡La verdad!

—Amigo mío, ¿estás seguro de no equivocarte?

—Estoy absolutamente cierto de que James Black es el jefe de la misteriosa e infame banda de cuatros que hoy nos ha dado a nosotros tan tremendo golpe.

Meditó unos momentos el austero y honrado ganadero, y por fin declaró:

—Lo ocurrido, querido Birds, a pesar de la crecida pérdida que representa para mí, no lo considero muy lamentable. ¿Adivinas por qué?

—Sí—afirmó el valeroso y agudo *cow-boy*...

—Se ponía en entredicho mi honradex sin tacha, se comentaba maliciosamente que los cuatros no me hubiesen hecho nunca víctima de sus execrables fechorías... En una palabra, no faltaban lenguas venenosas que me atribulan cierta complicidad con esos miserables...

—¡Cierto es! Pero buen cuidado tenían esa gente ruin y vil de no lanzar nunca ninguna de esas calumniosas suposiciones en presencia mía...

—Sólo hoy he llegado a saber quién es el autor de tales difamaciones.

—¿Quién?

—James Black!

—Canalla, malvado impostor!—exclamó John Street pálido de ira.

—¡Yo le ajustaré las cuentas!

—prometió *Puño de Hierro*— ¡Yo lo desmascararé! Cuando este mediodía, Barnum, el dueño del bar, me refirió lo que ese lenguaraz dijo el otro día en su establecimien-

to respecto de usted, una sospecha cruzó mi mente.

«Y me dije:

—¡Puesto que esa mala persona tiene empeño en deshonrar a un hombre tan honrado y leal como mi amo, algún infame fin mueve su ponzoñosa lengua!

«Mañana me entrevistaré yo con él, y entonces no tendrá más remedio que confesarme qué origen y causa tienen sus embusteras insinuaciones.

—¡Será preferible que desistas de tu empeño!

El *cow-boy* meneó la cabeza con gestos denegativos, y apoyando el índice derecho en la frente, declaró:

—¡Cuando una idea se me encasqueta aquí... no me deja vivir hasta que la concreto con un hecho!

«¡Mañana visitaré a Black!

—¡Antes hablaré yo con el *sherif* Blaze!—dijo John Street poniéndose en pie.

## V

A la mañana del siguiente día, se hallaba *Puño de Hierro* conversando con la bella y candorosa hija del ranchero Street, cuando uno de sus rudos subordinados le anunció la visita del ranchero Black.

—¡Viene como llovido del cielo!

—dijo *Puño de Hierro*, cuyos negros ojos despedían un fulgor extraño.

Azurea Street, la radiante y seductora heredera del rancho, invadida por un repentino temor, se le acercó murmurando:

—¿Qué piensas hacer?



—¡Luego lo verás!

En aquel momento compareció ante los dos enamorados la imponente figura de James Black.

Al ver a la hermosa joven junto al famoso y temible *cow-boy*, un gesto de rabia alloró el rostro del visitante.

—¡Llega usted oportunamente, James Black!—le dijo el capataz a boca de jarro—, pues hoy mismo quería verlo a usted!

—¿Con qué fin?

—¿Con el de proponerle que en lo sucesivo vamos a jugar muy claro! ¿No me entiende?

—No.

—¡Se lo diré de otro modo! El *sherif* Blaze no ha logrado descubrir la cuadrilla de cuatreros que, de algún tiempo acá, asolan la comarca...

«Pero yo sé más que el *sherif*... Yo sé, por ejemplo, donde se maquinan, discuten y aprueban los robos de esos miserables. Y sé, además, que usted no lo ignora...

—¡Mil rayos! Eso es suponer...—rugió Black.

—¡Eso es suponer la verdad! Arroje su careta, Black, y nada de amenazas, si no quiere salir de aquí en hombros de mis *cow-boys*.

## VI

Unos violentos golpes dados a la puerta despertaron a Azucena del profundo letargo en que se hallaba sumida. Entonces percibió la voz alarmada y apremiante de su prima Isabel que la decía:

—¡Pronto, Azucena! ¡Levántate! ¡Pronto! ¡En nombre del cie-

lo, vístete de cualquier manera y sal!

—Pero... ¿qué sucede?—balbuceó la hermosa joven, incorporándose.

—¡Sal, sal en seguida!—respondióle la excitada voz de Isabel—. ¡El rancho de James Black está ardiendo!

—¡Fuego!—gritó horrorizada Azucena—. ¡Reina de los cielos!

Al mismo tiempo se vestía apresuradamente, y unos momentos después bajaba la escalera y, atravesando el comedor, salía al porche.

En la lejanía, casi en la línea del horizonte, se divisaba un vivo resplandor rojizo en el que a intervalos, aparecían enormes llamaradas. El viento dispersaba densas columnas de humo.

El corazón de Azucena, ante aquel terrible espectáculo, palpitaaba desordenadamente. Su prima Isabel no estaba menos afectada que ella. Dos hombres, el viejo *cow-boy* Hudson y el *Guerrillero*, se hallaban a su lado, rígidos, silenciosos, con los ojos fijos en el imponente incendio que brillaba en la noche, tiñendo las nubes de un color rojizo.

—¿Hay peligro de que se propague el fuego?—preguntó Azucena con voz ligeramente temblorosa.

—¡Naturalmente!—respondió el viejo Hudson—. ¡Podría ocurrir que viésemos un inmenso océano de llamas! ¡No tardaremos en saberlo!

A estas palabras siguieron unos cuantos minutos de penosa ansiedad.

Por fin, el rudo *cow-boy* anunció:

—¡El fuego no destruirá más que el rancho de Black! ¡Enhorabuena! ¡Hacia falta que una hoguera pu-



Tres cabezas asomaban por la puerta haciendo muecas de dolor, o de espanto, o de rabia...

ruir, no una sola finca, sino cuantas existían en la comarca, sin excluir, por supuesto, el rancho de papá?

—¡Aunque lo parezca el crimen más infame que se pueda cometer bajo el cielo del Oeste, así es, muchacha!

—Entonces, ese incendio obedeció a alguna venganza!

—No, Azucena! Ese incendio lo ha desencadenado el propio Black! Yo sospechaba de él, y Puño de Hierro lo mismo, que no se alejaría de la comarca sin cometer una mala fea... Al vender a tu padre su finca, ya maquinaba pegarle fuego al rancho por los cuatro costados. ¡Y Dios quiera —añadió el sega *cow-boy* con las pupilas flameantes de odio—, Dios quiera que no sea ésta



## LOS CUATRE-ROS

Interpretación del famoso abollista

TOM TYLER

el pequeño y valiente actor

CHISPITA

y el perro

VIVALES



El hermanito de Azucena, rodeado de su pequeña jauría.

la única hazaña criminal que cometa!

—¿Qué tema usted? —preguntó Azucena, que, lo mismo que su prima, era presa de una inquietud creciente.

—Por ahora, sólo podría enterarte de vagos temores; el oír los cuales tal vez provocase vuestra hilaridad... Pero apenas regresen tu padre y Puño de Hierro, o sea mañana, al mismo tiempo de enterarles de lo ocurrido, les anunciaré lo que quizás podría ocurrir dentro de pocos días.

Mientras sostenían esta conversación, el incendio parecía disminuir en intensidad y furor destructivo.

Semejaba un colosal brazero en el que, de vez en cuando, fulguraba alguna que otra llamarada.

El viento avivaba y



En la fiera contienda sucumbió uno de los delegados del sheriff Blaze.

rificadora destruyese ese infame rancho.

—¿Cómo se iniciaría el fuego? ¿Por algún descuido sin duda, verdad? —preguntó la hija de John Street.

El astuto *cow-boy* lanzó una sonora carcajada.

—¿Por qué ríe usted? —exclamó la candorosa muchacha.

—¿Porque eres más inocente que una paloma, nita querida!

—¿Cómo? ¿Acaso puede existir un desalmado capaz de cometer esa atrocidad con la intención de des-

encrespaba éstas durante unos instantes; pero en seguida, como si las lenguas de fuego no tuviesen combustible que devorar, se amortiguaban y desaparecían.

Gradualmente, las tinieblas fueron predominando sobre los sitios iluminados por un rojizo resplandor, hasta que, por fin, la noche angusta y silenciosa cubrió el lugar del siniestro con su negro manto.

—¡Ya se ha extinguido el fuego del todo! —murmuró Azucena—. ¡Laudó sea Dios!



Puño de Hierro y James Black se amenazaban con la mirada.



Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, brilló un vivo resplandor donde antes todo eran tinieblas, y sucesivamente, en varios sitios surgieron inmensas llamaradas que, aumentando y recrudeciéndose, formaron una aterradora columna de fuego, de la que brotaban remolinos de chispas que el viento dispersaba en todas direcciones.

—¡Condenación!—gritó el otro *cow-boy*, conocido por el *Guerrillero*. Sin duda ha prendido el fuego en los alfáres!

«Pronto quedarán convertidos en humo, en nada, varios miles de dólares. ¡Su padre, muchacha, ha hecho un mal negocio, pues después del siniestro sólo quedará del rancho y su averío un montón de escombros y el terreno pelado como la palma de la mano!

—¡Maldito Black!—rugió el viejo *cow-boy*. ¡Tiene el alma tan condenada como su nombre! (1).

Llena de piedad, Azucena murmuró:

—¡Con tal que no haya habido ninguna víctima humana y hayan podido ser salvados los animales!

A partir de aquel voraz y alarmante incremento, el incendio se extinguió con la rapidez con que había surgido.

Después decidieron retirarse otra vez a sus respectivos dormitorios.

Estaba muy avanzada la noche, y Azucena, debido a las emociones sufridas, no pudo conciliar el sueño hasta que amaneció. Entonces decidió levantarse, y bajando al comedor, encontró en él, preocupados y sombríos, al antiguo *cow-boy* y al *Guerrillero*.

Ambos esperaban la llegada de

mensajeros con noticias exactas de lo ocurrido en el rancho de Black, y la tardanza de aquéllos les causaba una nerviosa inquietud.

De pronto el *Guerrillero* propuso:

—¿Y si nos llegáramos nosotros al galope al rancho incendiado, tendrían usted y su prima algún reparo en marchar solas al pueblo?

—¡Absolutamente ninguno!—respondió la hija de Street—. Ya sabe usted que tanto Isabel como yo somos unas amazonas consumadas...

De pronto entró en el aposento un vaquero, a quien el viejo Hudson hiciera un cuarto de hora antes cierto encargo y dijo:

—No se ve un solo hombre ni un solo caballo en cuanto extensión abarca la vista, mirando desde el rancho de Black para allá: ¡Indudablemente ocurre algo anormal allí!

El viejo Hudson salió afuera y requiriendo un anteojito escrutó el horizonte.

—¡Amigos míos—dijo con voz estridente—, por allí hay jarana! ¡Y no quiero desperdiciar la ocasión que pueda tener de fogupear algo! Me recomiaré los antiguos tiempos, que este viejo *cow-boy* ahora continuamente.

«¡Vamos, *Guerrillero*, y tú también, muchacho! No perdamos un solo minuto de tiempo, pues quizás nuestra presencia y nuestro coraje sean muy necesarios en ese embrujado rancho... ¡Temo que Black después de haberle pegado fuego anoche, esté ahora cometiéndolo Dios sabe qué infame maniobra!

«¡En cuanto a ustedes, señoritas, les ruego que marchen inmediatamente a casa de Isabel; pero an-

(1) Black en inglés significa negro.

tes anuncien su llegada por teléfono...

Azucena e Isabel no se hicieron repetir dos veces este consejo.

—Voy a telefonar—dijo la última, encaminando sus pasos hacia el edificio, mientras el viejo Hudson el *Guerrillero* y el joven cowboy partían al galope.

Extrañada Azucena por el excesivo rato que su prima tardaba en reaparecer, se disponía a ir a su encuentro cuando la vió salir del edificio, pálida y agitada.

—¡No ha podido ponerse al habla con nadie! Han cortado los hilos del teléfono. ¿Quién y con qué intención? No lo sé, pero es lo cierto que la cosa va tomando un cariz que no me gusta nada...

—¡Es preciso largarnos de aquí con la velocidad del rayo a lomo de nuestros caballos, Isabel! ¡No debemos dejar marchar a nuestros amigos sin antes ponernos en comunicación con el rancho! Pero, en fin, ese torpe descuido ya no tiene remedio...

—¡Con tal que nadie esté espionando nuestra marcha!—murmuró Isabel, mirando con el anteojo en todas direcciones.

Pero exploró las colinas poco elevadas pasadas las cuales se hallaba situado el rancho del pariente de John Street, y no viendo nada alarmante ni en sus ondulaciones ni en los pequeños, lozanos y alegres valles inundados ya por los rayos del sol, valles que entre ellas se extendían, añadió exhalando un profundo suspiro de satisfacción:

—¡Gracias al cielo, mis temores parecen infundados!

—¡Pero... querida prima, qué tema, qué peligros barbantos?

—Ni yo misma lo sé... Mas en una comarca donde hasta ayer, cómo

quien dice, han abundado tanto los aventureros y malsines de toda ralea, no se está nunca segura. En marcha, Azucena... Disponemos de dos soberbios caballos que corren como una centella y, si somos perseguidas, trabajo tendrán nuestros enemigos en darnos alcance...

Entiendo la acción a la palabra, hostigó al fogoso animal que cabalgaba y que ya pafaba y relinchaba de impaciencia, partiendo al galope, seguida de su prima Azucena. Mientras ambas corrían por la ladera del primero de los montes que tenían que cruzar para ganar el pueblo, no advirtieron nada que confirmase los vagos temores que a las dos animosas muchachas obsesionaban.

Nadie estaba oculto y al acecho entre los espesos matorrales que iban dejando atrás.

Tras una hora de carrera habían ya llegado a la tercera y última colina y el sol de aquella soberbia mañana de junio, dejaba sentir su fuerza y su sofocante calor, cuando nuestras viajeras decidieron hacer un alto y, al mismo tiempo, explorar el terreno.

Ataron los caballos a unos arbustos y mientras Azucena permanecía junto al suyo, sin divisar nada ni percibir el más leve rumor alarmante, la intrépida Isabel desapareció en un recodo.

Pero al cabo de unos instantes regresaba corriendo y muy agitada.

—¿Qué sucede, Dios mío?—preguntó aquella palideciendo.

—He visto—repuso la otra en voz muy baja y ligeramente trémula—, varios hombres ocultos entre los matorrales de la otra parte del monte... ¡No te asustes, Azucena! ¡Ah, cuán pálida estás!

—¡Pero no tengo miedo!—afir-



*Azucena comunicando a su abuelito su próximo enlace con Puño de Hierro, el cual resultaba un elegante muchacho vestido a la europea.*

mó la hermosa joven irguiendo la cabeza con fiereza. — ¿Qué debemos hacer? ¿Te han visto a ti esos hombres?

—No; todavía no se han dado cuenta de nuestra presencia...

—¿Crees que nos esperan a nosotros?

—Es lo más probable...

—¿Luego corremos peligro?

—Sí. ¿Para qué ocultártelo?... Corremos el peligro que el valeroso Puño de Hierro barantaba... Pero no podemos retroceder. Obedéceme, Azucena! ¡Pronto! Cambiemos de ropa... ¡Dame tu vestido y tu sombrero... y ponte tú los míos!... ¡En seguida, Azucena... no vaciles un solo minuto!

Con la rapidez y energía que le era habitual, aquella hermosa y valiente hija del Oeste, mientras hablaba se había quitado ya sus prendas y se las alargaba a Azucena.

Esta obedeció sus consejos.

—¡Ahora cambiaremos de caballo... y en marcha!

Entonces, comprendiendo súbitamente los motivos que impulsaban a su prima a obrar de aquel modo, exclamó Azucena muy conmovida:

—¡Ah! ¿Qué pretendes? ¿Desviar de mi persona el peligro para atraerlo sobre ti?

—¡Exactamente!

—¡Pues eso no lo puedo consentir, Isabel!



—¡Obedéceme!—exclamó ésta en voz baja e imperiosa, y cuyo semblante asumió la dureza y la severidad propias de la gente de aquella raza indomable y voluntariosa. Y añadió:

—Me lo dijo *Puño de Hierro*...

—¿El qué?

—Que James Black te perseguiría a ti... ¿comprendes? Que emboscaría para cazarte a una docena o más de sus hombres... Ahora me convengo de que tenía razón. Pero, en fin, hemos de tener energía y valor, pues disponiendo de los animales más veloces de la comarca, no es fácil que nos atrape esa gentuza.

«He aquí lo que vamos a hacer ahora. Es muy sencillo... Una vez salgamos a campo raso, tú galoparás hacia el rancho; mientras yo me encamino hacia el valle donde se hallan los *coco-bops* de Black. Al verme con estas prendas, que siempre llevas tú, intentarán capturarme..., pero mi raudo corcel me salvará de ese infame peligro... En fin, no hay otra manera de salir de este trance, querida Azucena, y debemos emplearlo sin dilaciones ni vacilaciones.

Más bien obligada que convencida, la amada de *Puño de Hierro* no tuvo más remedio que acceder.

Unos minutos después, las dos jóvenes corrían por la llanura cubierta de un herbaje grisáceo. Entonces, Azucena vio que su prima se separaba de ella, corriendo con una celeridad vertiginosa, el cabello suelto y flotante bajo los rayos del sol como una masa de oro... Unos roncós gritos resonaron en el espacio y entonces comprobó con el corazón lleno de congoja y espanto, que los hechos confirmaban las palabras de su prima.

De entre unos tupidos mazquites divisó varias *coco-bops* que se lanzaban en seguimiento de Isabel, cuyo caballo devoraba el espacio.

Ella se lanzó al galope, y su feroz corcel, como si se hiciese cargo de la situación, aceleraba su carrera, saltando aluviones y quebrados y cuantos obstáculos hallaba a su paso con una agilidad pastosa.

Para cerciorarse de si era o no perseguida, al cabo de un buen rato de aquella desenfrenada huida se atrevió a volver la cabeza, pero sólo vio, a lo lejos, en la vertiente de una loma, a su prima Isabel corriendo delante un tropel de *coco-bops*.

Un grito de espanto salió de sus labios, al pensar que el caballo que cabalgaba aquella se había desbocado, tan desenfrenado era su galopar.

Pero pronto se convenció de lo injustificado de sus temores. El caballo de Isabel corría con su magnífico galope lúcido, dejando atrás a sus perseguidores, que, lanzando breves vociferaciones, llevaban en el brazo derecho el lazo sin tener ocasión de arrojarlo contra la fugitiva.

Lágrimas de gratitud y de emoción rodaron por las mejillas de Azucena al pensar en el heroico sacrificio que aquella flor del Oeste había afrontado en su favor.

## VII

Se hallaba ya a poca distancia de la vivienda cuando divisó al pie de unos cerros una compacta banda de jinetes.

—¡Santo Dios!—exclamó—. ¿Qué significa esto? ¿Me amenaza hasta en mi propio rancho un peligro semejante al de que me ha librado gracias a Isabel?

Estrujado su corazón por esos temores penetró en el rancho, convenciéndose de que, en efecto, ni en su propia morada, en aquella ocasión, podía encontrarse segura.

Entonces ordenó a la servidumbre que cerrasen bien todas las entradas al edificio que servía propiamente de vivienda, atrancando las puertas con los cerrojos y las cadenas de que estaban provistas.

Ella misma se refugió en el aposento que le pareció más seguro e inexpugnable...

La cuadrilla de caballistas, unos hombres como jamás les viera, tan espantosos se le antojaron, había invadido el rancho.

Azuena no albergaba la más leve duda sobre las intenciones de aquellos forajidos. Eran bandidos, en la más amplia acepción del vocablo, que sequeaban cuanto podían y de cuya salvaje brutalidad no solían salvarse las mujeres.

La habitación en que se había refugiado Azucena era un vasto granero entre cuyas enormes gavillas de heno podría esconderse con probabilidad de no ser hallada si la buscaban.

¡Ah! ¡Si llegaban sus bravos *cow-boys* al frente del indomable *Puño de Hierro*, la que allí se armaría! Correría la sangre... algunos de aquellos bandidos quedarían sin vida y también... ¡No, no! ¡Santo cielo! ¡Nada de lucha ni de violencia! Que los forajidos se largaran antes de que el fiero *Puño de Hierro* regresara... ¡Si él muriese!

Y a su prima, ¿qué le había ocurrido? ¿La habrían alcanzado sus

perseguidores? No era fácil que esto hubiera ocurrido: pero la incertidumbre le causaba una tortura insostenible...

De pronto, la idea de continuar en su escondrijo, agazapada como una bestezuela, se le hizo insostenible. ¿Por qué esperar que alguno de los inmundos invasores la encontrase allí?... ¿No era preferible mostrarse a la luz del día?

De acuerdo con este anhelo, salió de la estancia y al cruzar un largo pasillo, un estridente alarido, al que siguieron furiosas vociferaciones y precipitados pasos devolvió la esperanza al corazón de Azucena.

¿Es que regresaban *Puño de Hierro* y sus *cow-boys*? Así era, en efecto, pues hasta sus oídos llegaban claramente los gritos.

—¡Que vienen! ¡Que vienen!

Los invasores se habían apresurado a buscar cada uno sus monturas.

Unos momentos después, en medio de un griterío ensordecedor, al que se mezclaban el ruido de los cascos de los caballos, se oyeron varias detonaciones.

Entonces pareció generalizarse una lucha portada. Los disparos de los revólveres eran incesantes, y entre ese estampido, llena de orgullo y de júbilo, Azucena percibió la enfurecida y furiosa voz de *Puño de Hierro* animando a los suyos:

—¡Duro con ellos, muchachos! ¡Que no quede uno ni para muestra! ¡Seguidme sin miedo! ¡Vamos a cazarlos!

El estruendo se alejaba por momentos, y Azucena pudo ver, asomándose a una ventana, a *Puño de Hierro* que perseguía con varios de sus *cow-boys* a un grupo de once o tres forajidos.

De pronto, en torno de uno de éstos, el hábil lazo lanzado por el *cow-boy*, describió un círculo, aprehendiéndolo por la cintura y derribándolo de su montura... *Puño de Hierro* acababa de apresar al jefe de la banda de cuatreros, que no era otro que James Black.

Pero su proeza más admirable consistió en atrapar, en el quicio de una puerta a tres cuatreros que no se habían atrevido a luchar con él cara a cara cuando regresó al rancho.

### VIII

Media hora después se presentaba ante la mujer amada el heroico

*cow-boy*, con el rostro cubierto de sangre. Una bala le había rozado la mejilla. Al verlo, un grito de horror se escapó de los labios de Azucena, que se abalanzó a su encuentro.

—¿Estás herido?

—¡No es nada! — respondió el *cow-boy*.

—¡Sangre!

—¡No es nada, amor mío! — replicó él—. ¡No te asustes! ¿Has corrido peligro, verdad?

—¡Si no llegas a venir... sólo Dios sabe lo que hubiese ocurrido! ¡Pero todo ha pasado como un mal sueño!

\* ¡Y ahora empieza otro más radiante y hermoso... un eterno ensueño de amor!

### FIN

---

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

### TOM Y SU CUADRILLA

SE PONDRÁ A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA



# LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y  
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- |                                 |                                |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas.         | 11. Ladrones de ganado.        |
| 2. Contra viento y marea.       | 12. El valiente.               |
| 3. El valle del misterio.       | 13. El «Pirata del Desierto».  |
| 4. El rey de los jinetes.       | 14. El crimen ignorado.        |
| 5. Los puños de Tom Tyler.      | 15. La ley del revólver.       |
| 6. Los lobos del Far-West.      | 16. El «Guapo del rancho K.»   |
| 7. La ley del tortazo.          | 17. Los falsificadores.        |
| 8. El culpable.                 | 18. Un novio con buenos puños. |
| 9. De señorito a vaquero.       | 19. Veloz como el rayo.        |
| 10. El «Gavilán de la Primera». | 20. Perdido en el desierto.    |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

**LAS GRANDES OBRAS MODERNAS** - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI - Rocafort, 225. - Barcelona